

D. ANTONIO LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA
(1922-1998)

Todas esas calificaciones cuadran con las cualidades que adornan su persona, pero ninguna lo define. Si hubiera que elegir tres, yo me quedaría con las que probablemente más perdurarán en mi memoria: sabio, sencillo y bueno.

JOSÉ J. GÓMEZ ASENCIO

*Maestro caudaloso como el río,
de mente fina y de mirada clara,
San Antonio Llorente, amigo mío,
Llorente Maldonado de Guevara.*

LUIS SANTOS RÍO

En las páginas 163-165 del número V de esta misma revista, el que oficialmente correspondía a los años 1955-1956, aparecía reseñado por Roca Pons el libro de D. Antonio Llorente *Morfología y sintaxis. El problema de la división de la Gramática*.¹ Muy cerca del final, el recensionista dejaba escrito el siguiente juicio de valor:

“El llibre del Sr. Llorente [...] reflecteix una excepcional erudició i un entusiasme encomanadís pels temes que trata” (p. 165).

Tenía entonces D. Antonio treinta y tres años y la importancia de aquel libro no iba a pasar desapercibida a otros ilustres lingüistas: J. M. Lope Blanch le dispensa una acogida calurosa desde las páginas de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*,² entre otras razones porque venía a quebrar el silencio de nuestros estudiosos ante un tema por entonces apasionante y que se había discutido con todo fervor en el Congreso Internacional de Lingüística de 1948. Pottier se pronunciaba un año después en parecidos términos.³

Lo cierto es que aquel librito, tan útil para tantos, no sólo no era el único del autor que habría de tener una extraordinaria resonancia, sino que ni siquiera era el primero: dejando ahora aparte, por ser de temática diferente, el fundacional que ocho años antes (tenía, pues, D. Antonio ¡veinticinco!) había escrito sobre el habla de la Ribera salmantina,⁴ en el 53, cuando aún no existía traducción española para la obra del lingüista danés, había visto la luz el dedicado a los *Principios de Gramática General* de Hjelmslev.⁵ Y como a los trabajos mencionados se iban a unir otros en esta misma línea (sobre todo su *Gramática general y lingüística. Tres ensayos sobre la ciencia del lenguaje*⁶), todo hacía presagiar que había nacido por fin el histo-

1. Granada: Universidad de Granada, 1955.

2. Vol. 10, 1956, p. 61-64.

3. *Studia Neophilologica*, 34, 1957, p. 94-95.

4. *Estudio sobre el habla de la Ribera (comarca salmantina ribereña del Duero)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1947.

5. *Los Principios de Gramática General de Hjelmslev y la lingüística (Introducción a la ciencia del lenguaje)*. Granada: Universidad de Granada.

6. Granada: Universidad de Granada, 1963.

riador de la lingüística que estaba reclamando la Filología Hispánica, y que esta sería su ocupación principal y la línea de trabajo por la que habría de ser más conocido.

Se han destacado muchos rasgos positivos del carácter de D. Antonio Llorente, coincidentes en boca y en pluma de gentes muy diferentes y emitidos después, pero también antes de su muerte. Hay uno, sin embargo, que ha pasado desapercibido para los que sólo tuvieron con él un trato superficial: su disponibilidad para afrontar cualquier tarea y para culminarla, además, con eficacia y con ese “entusiasme encomandís pels temes que tracta” que le atribuía su recensionista y que confería a tales temas toda la apariencia de ser sus preferidos. Gracias a este rasgo ninguno de sus alumnos llegamos a sospechar nunca —hasta que él nos lo confesó— que al profesor más unánimemente elogiado de la Facultad le temblaron las piernas antes de entrar en el aula hasta el último instante de su vida académica activa. Por lo mismo fue capaz de dar tantas asignaturas diferentes como figuran en su currículum (“Historia del Arte”, “Arqueología, Epigrafía y Numismática”, “Gramática Histórica de la Lengua Española”, “Geografía General y de España”, “Gramática General y Crítica Literaria”, “Filología Románica” y “Filología Galaico-Portuguesa”, “Fonética Experimental”, “Introducción a la Toponimia”, “Dialectología Española”...) sin que se resintiera un ápice su prestigio docente. Y es, por fin, ese mismo rasgo el que permite aventurar que aquellas obras historiográficas que despertaron la expectación de sus colegas de aquí y de fuera y que agotaron sus ediciones exentas y compiladas eran quizá solo —y este es el milagro— franquicia pagada a la cátedra de Gramática General y Crítica Literaria que ocupaba en Granada desde agosto de 1950.

O quizá no —con D. Antonio, inteligente y socarrón, nunca se sabe: de hecho volvió a rebrotar la vena “historiográfica” y “generalista” en algún trabajo posterior⁷ y en al menos dos de las más espléndidas tesis que dirigió—, pero lo cierto es que la reedición que se decide a llevar a cabo bajo el título de *Teoría de la Lengua e Historia de la Lingüística*⁸ suena a cierre de etapa, y que entonces revela hallarse

“...inmerso en otros trabajos que absorben toda mi atención, incluso en las épocas de vacaciones, que consumo, casi en su totalidad, dedicado a la recogida de materiales para los Atlas Lingüístico-etnográficos de Aragón, Navarra y Rioja, mientras tengo que utilizar todo el tiempo disponible durante el curso académico para la elaboración y edición del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía* y la ordenación de los materiales recogidos en las encuestas efectuadas hasta ahora en los dominios aragonés, navarro y riojano”. (p. 14)

Volvía así a la línea de su primer libro, y no hace falta especular con lo que un hombre dotado de la cabeza, la intuición, el tesón y la paciencia de D. Antonio Llorente sería capaz de hacer en trabajos que lo sumergieran y que absorbieran toda su atención. Y no hace falta especular porque están ahí y todo el mundo los conoce y en ese “todo el mundo” entra mucha más gente que los profesionales de la lingüística. Piense el lector qué sabíamos de las hablas andaluzas (y de rebote de las canarias, de las meridionales en general e incluso de las americanas) antes del *Atlas de Andalucía*, para el que él mismo —nada dado a la exageración de sus propias tareas— dice haber realizado encuestas en 48 localidades, amén de la elaboración, edición y explotación⁹ de los materiales; ¿cómo podríamos trazar áreas lingüísticas en Aragón o La Rioja,

7. Por ejemplo en “Caracterización de la lingüística grecolatina: ensayo y fijación de criterios para historiar la ciencia del lenguaje”. *Miscelánea de Estudios dedicada al profesor Antonio Martín Ocete*. Granada: Universidad de Granada, 1974, p. 515-537.

8. Madrid: Editorial Alcalá, 1967.

9. Explotación que con frecuencia supone un vuelco de lo hasta entonces conocido sobre el tema. Véase, por ejemplo, su “Fonética y Fonología andaluzas”. *RFE*. Vol. XLV, 1962, p. 227-240.

relacionarlas con las vicisitudes históricas, observar la amplitud y vitalidad de sus fenómenos más característicos, teorizar sobre su pasado, prever su futuro, fijar sus límites y las líneas de su difusión o su repliegue sin el segundo de los grandes Atlas en el que colaboró, esta vez explorando personalmente 104 puntos y dando ejemplo en una docena larga de trabajos, varios de ellos anteriores a la publicación del Atlas, de en qué direcciones podía ser aprovechado?¹⁰ Aunque sí utilizó repetidamente los materiales, no llegó a ver publicado el tercero de “sus” Atlas, el *Atlas Lingüístico de España y Portugal*, en el que había puesto, si cabe, mayor empeño, puesto que tuvo que ocuparse de las encuestas de su tierra (70 en Salamanca, Zamora y Ávila); y, aunque se aprovecharon en el de Castilla y León,¹¹ este tampoco llegó a tiempo:

“Hoy, 27 de agosto de 1998, cuando corrijo estas páginas, me llega tarde la fatal noticia: Antonio Llorente, mi amigo del alma, ha muerto hace dos días” (Prólogo de Manuel Alvar, p. 12).

Pero no son sólo los Atlas y los trabajos de ellos derivados. Innecesario es recordar al lector medianamente avisado el “índice de impacto” de su *Estudio sobre el habla de la Ribera* y de la línea que inaugura, ni el número de trabajos posteriores a los que ha servido de modelo o de referencia o de punto de partida. Y si, pese a lo que está de moda en los tiempos que corren, pasamos a lo cualitativo, sorprende extraordinariamente la capacidad de un investigador novel para poner en pie un trabajo con todas las cualidades del Llorente maduro. Recordemos, por ejemplo, su análisis de todos los fonemas que concluyen en una realización aspirada: no sólo es capaz de percibir variaciones sutilísimas (es cierto que él agradece a D. Rafael Lapesa los entrenamientos intensivos de su oído fonético,¹² pero también lo es que hubieran mejorado poco las prestaciones del mío), sino de distribuir las diatópicamente, de hacer finas observaciones diastráticas —*avant la lettre*— y de aprovechar distribución y observaciones para concebir teorías de alcance mucho más general. Aunque no se atreviera a formularlas hasta trece años después:

“Al publicar la tesis doctoral no me pareció oportuno, aunque estaba plenamente convencido de su licitud, relacionar algunos fenómenos riberanos con otros hispánicos generales para intentar descubrir el sentido y la naturaleza de ciertos hechos fonéticos evolutivos del español; pero actualmente, perdida la timidez del debutante y ratificado en mis primitivas hipótesis, que me parecen defendibles, he decidido expresar públicamente estas intuiciones pues, sean o no aceptadas y por muy aventuradas que parezcan, creo que contribuirán al mejor conocimiento de la historia de algunos fenómenos fonéticos de la lengua española”¹³ (p. 152).

“Esas primitivas hipótesis” invertían el proceso evolutivo de determinadas realizaciones aspiradas, y no sólo eran “defendibles”, sino que ordenaban los fenómenos de manera más explicativa y más esclarecedora. Y es que otros dos rasgos del Llorente maduro estaban ya pre-

10. De entre los cuales cito, como más significativos, “Algunas características de La Rioja en el marco de las hablas del Valle del Ebro y de las comarcas vecinas de Castilla y Vasconia”. *RFE*. Vol. XLVIII, 1965, p. 321-350; “Algunas características del habla de La Rioja Alta”. *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*. Madrid. Vol. IV, 1968, p. 1981-2003; “Las hablas aragonesas en las fronteras occidentales (límites con La Rioja, Soria, Guadalajara y Cuenca)”. *Actas del Congreso de Lingüistas Aragoneses*. Zaragoza, 1991, p. 155-167; “Fronteras lingüísticas internas en territorio aragonés”. *I Curso de Geografía Lingüística de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991, p. 165-184.

11. ALVAR, Manuel (1999): *Atlas Lingüístico de Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla y León.

12. Lo hace en la p. 234 de su artículo “En la Salamanca de las sonoras arcaicas (Las andanzas de un aprendiz de dialectólogo)”. *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*. Madrid: Gredos y Universidad de Oviedo, 1985, p. 233-243.

13. “Importancia para la historia del español de la aspiración y otros rasgos del salmantino noroccidental”. *RFE*. Vol. XLII, 1958-59, p. 151-165.

sentés: la minusvaloración —me consta que totalmente sincera— de lo propio en comparación con lo ajeno y una radical honradez intelectual. Desde el primero de los rasgos se explican muchas cosas: que aquellos cuadernos de espiral tamaño folio en que, de forma sorprendente para todos nosotros, escribía cada tema que iba a explicar en clase de un tirón y sin tachar, circularan de mano en mano como material mostrenco; que lo mismo ocurriera con todos sus materiales inéditos;¹⁴ que no nos reconociéramos en los prólogos que escribía para nuestros libros; que desviara hacia mí el encargo de redactar un capítulo sobre el leonés en un conocido manual alegando incapacidad —¡él incapacitado para escribir del leonés!— para darme después tal cantidad de materiales que sólo tuve que ordenar y copiar; que, cuando reseña la obra ajena, nunca “descalifica mecánicamente a los estudiosos de que se ocupa; intenta siempre encontrar en sus ideas aspectos positivos”;¹⁵ que escribiera párrafos como el arriba transcrito o estos otros:

“A mí siempre me habían parecido muy caprichosos y artificiales los límites de Huesca, y también de Zaragoza, quizá por mi ignorancia de la historia aragonesa...” [La cursiva es mía]

“Y, después de haber examinado cuidadosamente todos los mapas, he llegado a una conclusión, conclusión seguramente obvia porque muchos habrán llegado a los mismos resultados antes que yo, y seguramente a los mismos o parecidos resultados llegará cualquiera que estudie los datos de nuestro monumental Atlas.” [La cursiva es mía].

“...podemos ratificar las *agudas y revolucionarias* [destacados míos] afirmaciones de Gregorio Salvador [...] con las que implícitamente venía yo a coincidir en mi contribución al *Homenaje al Profesor Tomás Buesa*.”¹⁶

Así siempre: agudas y revolucionarias las afirmaciones de los demás, a las que él sólo parece sumarse; obvias las suyas y al alcance de cualquiera. Se le olvidó añadir de cualquiera que supiera lo que él sabía de todo, incluida, naturalmente, la Historia de Aragón. La “excepcional erudición” que le atribuía el prof. Roca Pons convertida, si es que no lo era ya, en sabiduría. En la semblanza más apasionada, y, pese a ello, más completa y más verídica que conozco del profesor Llorente, la hecha por su entrañable discípulo y mi entrañable amigo Pepe Gómez Asencio (*RFE*, 2000, 385-94), se le atribuyen, *probándolos*, hasta 26 adjetivos. Si tiene que elegir, dice, se queda con tres; el primero: *sabio*. E inmediatamente el segundo: *humilde*. En los últimos años de su vida, en que le llovían de aquí y de allá compromisos de colaboración en congresos, cursos, homenajes, se enfrascó con verdadera fruición en una serie de trabajos que compendaban las dos virtudes. Tenían nombres prosaicos y descriptivos con los que trataba de orientar y no de vender la mercancía (“Algunas denominaciones de las formas y de las orientaciones del terreno en Zamora, Salamanca y Ávila”,¹⁷ “Las denominaciones del ‘camino de ganado’ en las provincias de Zamora, Salamanca y Ávila”,¹⁸ “Las denominaciones

14. Y esto hasta el final mismo de su vida: cuando este llegó nos había cedido sin condiciones centenares de fichas de papel en que, con su letra menuda y apretada, recogía todas las variantes documentales para topónimos salmantinos que había podido allegar.

15. POLO POLO, José (1989): “Antonio Llorente como historiador de la lingüística”. *Dicenda*. Vol. 8, p. 91-115. La cita recogida está en la página 106.

16. La cita primera corresponde a su artículo “Fronteras lingüísticas internas en territorio aragonés”, p. 183; las otras dos, a “Las hablas aragonesas en las fronteras occidentales...”, p. 156. Ambos trabajos han sido citados en la nota 10.

17. En *Scripta Philologica in Honorem Juan M. Lope Blanch*. México: UNAM. Vol. II, p. 145-162.

18. En *Homenaje al profesor Luis Rubio II. Estudios Románicos*. Vol. 5, 1987-89, p. 797-805.

del ‘terron de tierra’ en Zamora, Salamanca y Ávila”¹⁹); pero invito al lector desprevenido a que consulte lo que dice de *lastra*, de *posío*, de *cordel*, de *reblo* o *rebro*, de *cavón*, de *tormo*, de *vaguada*...: verá desplegarse por el mapa el área exacta de cada palabra (trazada pueblo a pueblo, sabiendo que se dice aquí, y no quince kilómetros más allá), pero acompañando su expansión o repliegue con una teoría global sobre los seres humanos que la llevaron y las rutas que recorrieron. Y de su capacidad para hacer hablar a los topónimos apenas necesito decir nada porque era reconocido por todos los especialistas como autoridad indiscutible. Quizá encontró en la toponimia el modo de amalgamar orgánicamente todos los saberes que habían atraído su atención en las aulas y en la vida. Y si algunos de sus más memorables trabajos en este campo se publicaron en los foros esperables,²⁰ otros no menos memorables se redactaron para inaugurar un curso o nacieron como conferencias en pequeños institutos de bachillerato.²¹ Sabio y humilde una vez más.

La otra virtud ya presente en su trabajo primerizo, la honradez intelectual, también es fácil de probar. A las encuestas para el Atlas de España y Portugal que manejó profusamente en sus últimos artículos colaboré yo con la hecha en la localidad sayaguesa de Villardiegua de la Ribera (Zamora). Pues bien, *ni una sola vez* la utiliza sin que aparezca la nota en que lo explica. Por otra parte, párrafos como este:

“Y es muy probable que la existencia del Jalón y del Jiloca y de las vías de comunicación que siguen el curso de los dos ríos tengan la culpa de esa castellanización o estandarización del habla del suroeste y oeste de Teruel y del triángulo sudoriental de Zaragoza. Es muy probable, *pero si queremos decir toda la verdad no puedo silenciar el hecho de que* con alguna frecuencia, precisamente los pueblos situados al lado del curso del Jalón, o en sus inmediaciones, como Alconchel, Ateca, Sabiñán, La Almunia, presentan las formas típicamente aragonesas...”²² [La cursiva es mía]

en que se señalan datos molestos que bien podrían haber sido ocultados, o este otro:

“La presente edición no es, pues, una reelaboración ni una refundición de los textos primitivos, ni tampoco una simple reimpresión de las obras publicadas en los años 1953, 1955 y 1963, aunque se parezca más a esto último. *He querido hacer estas salvedades y aclaraciones, ajustadas estrictamente a los hechos, por creerlo de justicia y elemental honestidad*” [la cursiva es mía],²³

en que llanamente se manifiesta una verdad menos ostentosa de la esperada son habituales desde sus primeros escritos. En la misma línea, ya he comentado cómo sus títulos son paladinamente descriptivos, sin escamoteos verbales ni pirotecnias, y sin importarle en absoluto que las repeticiones o los rútolos idénticos seguidos de un número romano (“Las *Querellas del ciego de Robliza*, de Luis Maldonado, I”, “Las *Querellas del ciego de Robliza*, de Luis Maldonado, II” “Las *Querellas del ciego de Robliza*, de Luis Maldonado, III”) revelaran la pertenencia a un mismo filón temático. Tampoco tuvo en su estilo expositivo más preocupación que la cla-

19. En *Antiqua et Nova Romania. Estudios lingüísticos y filológicos en honor de José Mondéjar en su sexagesimoquinto aniversario*. Vol. I. Granada: Universidad de Granada, 1993, p. 133-147.

20. Por ejemplo, *Toponimia e Historia*. Granada: Universidad de Granada, 1969 o “Topónimos salmantiños y repobladores vasconavarros”. MELENA, José L. (ed.) (1985): *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*. Vitoria: Universidad del País Vasco, p. 721-734.

21. Por ejemplo *Consideraciones sobre la comarca de Salvatierra y su toponimia*. Guijuelo: Instituto de Bachillerato de Guijuelo, 1987.

22. “Las hablas aragonesas en las fronteras occidentales...”, artículo citado en la nota 10, p. 167.

23. En el Prólogo de su *Teoría de la lengua e historia de la lingüística* ya citado.

ridad, de modo que siempre prefirió ser comprendido a ser brillante y, si lo juzgó preciso, no rehuyó el circunloquio o el coloquialismo:

“Las respuestas fueron muy variadas. La registrada en mayor número de localidades fue *cañada* [...]. Le sigue, *pisándole los talones* [cursiva mía], *vaguada*...”

“...lo que queda de un área que fue más extensa, *aunque yo no las tenga todas conmigo* respecto de la veracidad de la hipótesis residual...” [la cursiva es mía]

“Pero en este delicado punto *doctores tiene la Santa Madre Dialectología* [cursiva mía] que sabrán responder mejor que yo.”²⁴ [la cursiva es mía]

Lo que antecede no pretende ser la semblanza de D. Antonio Llorente Maldonado de Guevara (así le gustaba firmar a él: lo que tiene la apariencia de ser su único rasgo de ampulosidad es en realidad apego a la rama materna de su familia). Y no pretende serlo por varias razones: por la complejidad de la empresa, por mi propia incapacidad para abordarla, por la dificultad de añadir algo a lo que ya otros han dicho. Si lo pretendiera, tendría que profundizar mucho más de lo que lo he hecho en sus aportaciones dialectológicas y toponímicas, hablar de sus incursiones en la sintaxis del español, mencionar su pasión por la geografía y su constante atención a los aspectos normativos de la lengua, aludir a su impagable labor como traductor (comenzada ya en los años cincuenta: Saroïhandy, Jaberg, Hubschmid...)...

Y debería haber dicho otra vez el tercer adjetivo de Pepe Gómez Asencio (el que *nunca, nadie, en ninguna ocasión* en que se habló de él dejó de mencionar): sabio, humilde y *bueno*.

Y quizá debería haber preguntado de nuevo por qué la Academia no se aprovechó de este hombre y por qué recibió menos honores oficiales que otros colegas suyos a los que, como mínimo, igualó en méritos.

He preferido, con mayor modestia, mostrar documentalmente cómo ciertos rasgos de su carácter, rastreables desde sus trabajos primerizos, ayudan a interpretar su obra. Y quizá también a responder a la última pregunta.